

demostraban lo poquísimo que se le daba del gobierno del mundo y sus monarquías.

— No haga eso, mi alma, dijo á la del mamón una vieja tan flaca que parecía escoba de varas; es alferecía segura; la leche, después de un coraje, es tan veneno como el ahuate y la chirimoya... ;Ve que se le acaba de salvar del *mocezuelo* y ahora le da de mamar así!

— Pa lo que el *probecito* ha de pasar sin su padre, más vale que se pele.

— No, hija, no; eso es tentar á Dios de pacencia; el Señor se lo guarde, y si su Divina Majestá quiere llevárselo, ya se lo llevará sin que usted ponga nada de su parte.

Pero allí nada se podía hacer, y resolvimos volver á la casa de mi amiga, las desconsoladas semiviudas y yo.

— Dicen que el que dizque arregla todo es el viejecito *escribano*, el de los anteojos azules.

— Y el capitán de los bigotes retorcidos.

— Vámonos, que ña Fabiana ha de estar que no le cabe una lenteja.

Llegamos á la casa y encontramos á la vieja con tantos ojos de llorar.

— ;No sé qué va á ser de mí, no sé qué va á ser de estos inocentes sin un pan que comer! ;Jesús y divino Antonio, téngame en sus manos! Señor de Esquipulas

bendito, ¿qué pecado he cometido para que me caiga esta desgracia?

Y se mesaba las mechas canosas, y enclavijaba las manos y nos dirigía imprecaciones.

— Chavota ;por Dios! usted es mi padre; si me quitan á mis hijos, me muero y se mueren estas gentes. Pero ¿qué no miran que son trabajadores y honrados y que no le hacen daño á naiden? Si fueran pulqueritos ó flojos, bueno estaba; pero si estos apenas ganan el real ó la peseta y los entriegan á su casa... ;Ay, Chavota! yo no quiero que me quiten á mis hijos...

El gigante Chava hundía la cara entre las manos y lloraba á lágrima viva. ¿Íbamos á ponernos frente á los mandones, exponiéndonos á que nos fusilaran, sin sacar nada para aquella pobre gente? ¿Íbamos á escribir, á mover influencias, á tratar con alguien de la liberación de los pobres muchachos? Ni pensarlo; habría equivalido á denunciarnos y á empeorar la situación de los desgraciados mozos.

Chava me llamó aparte, me pidió lo que guardaba yo aún en oro, sacó él mismo lo que tenía y dándoselo á las muchachas les recomendó fueran á agenciar la libertad de sus maridos.

Mal comieron Todosia y Nicanora, y echándose encima el fondo del baúl, salieron llevando las oncitas bien atadas en la punta de un pañuelo.

A las oraciones estaban de vuelta: habían dejado el dinerito en poder del licenciado de los anteojos azules y él les había prometido dejar libres á los presos en menos que canta un gallo; todo consistía en presentar un par de reemplazos, que por cierto valían carísimos á aquella hora; pero ya se andaría, y si algún dinerillo más le llevaban, era negocio hecho más pronto.

No sé qué empeñarían ó malbaratarían aquellas desgraciadas; pero algo deben de haber llevado al infecto *coyote*, cuando salieron á la calle. A la tarde regresaron alicaídas: era menester recoger la mar de firmas, mandar *insortos*, tomar *reclaraciones* y practicar *acareos*; pero á los dos días, negocio concluído.

Pasado el plazo, quiso la maldita casualidad que el licenciado de los vidrios azules en los ojos no ocurriera al cuartel, ni el otro día, ni los dos que siguieron; pero en cambio habían topado con un oficialito guapo, de bigote rizado y ojos *chinos*, que ofreció interesarse por los reclutas; sólo que el señor oficial quería ver á solas á Todosia, porque como la muchacha sabía leer, podía enterarse bien de ciertas cosas.

Fabiana se enfadó grandemente.

—¿Y qué puede quererte decir ese lambido que no oiga también ésta? ¿Cuánto van á que si tantas me hace, yo voy á que me dé *crátedas* ese señor? ¡Aiga cosa! A mí me huelen muy mal los secretitos.



Fabiana, Todosia y Nicanora se hicieron seña...

Todosia dijo que tenía razón su suegra; pero seguían presos los muchachos y había que darle solución á aquello.

Una tarde, después de mucho cuchicheo, Todosia salió de la casa con gran estrépito de enaguas almidonadas y crujir de zapatos nuevos. Tornó oliendo á pachulí, hablando de la fineza del señor oficial, de la riqueza del cuarto del señor oficial; y oficial va, oficial viene, oficial arriba y oficial abajo, las pobres se durmieron pensando en que al aparecer el sol ya estarían los secuestrados llamando á la puerta.

Todo el mundo se levantó alegre y dispuesto; pero no tardaron en llamarnos la atención las carreras del populacho que se precipitaba á las bocacalles.

Era un batallón que salía «á escarmentar á la vil canalla», según decía el *Diario de los Avisos*. Iba delante el coronel en su gran caballo negro; seguían la banda, el tambor mayor con su barba moscovita y su porra llena de borlas, los clarines y los tambores, los oficiales al frente de sus compañías y pelotones, y luego muchos soldados tristes, agobiados con el peso del arma y el de la mochila, caminando ya con regularidad y garbo. ¡Tanto había hecho la vara del cabo de escuadra en unos cuantos días!

Fabiana, Todosia y Nicanora se hicieron seña, miraron á dos pobrecillos que les sonreían tristemente, y rompieron en alaridos en que las acompañaron los chicuelos

que estaban á su lado y que también habían reconocido á sus padres, como ellas habían reconocido á sus maridos ó á sus hijos.

El hombre de las barbas meneó en ese instante la porra con ademán cabalístico, y la música rompió á tocar un aire que opacó los gritos de aquellas infelices, y cuyo estribillo decía:

¡Viva, viva el valiente Orihuela,
Su segundo Miguel Miramón!
¡Mueran, mueran los puros malditos
Y que viva nuestra religión!

Las valientes cruzadas de Puebla
No se asustan al oír el cañón.
¡Viva, viva el valiente Orihuela,
su segundo Miguel Miramón!



CAPÍTULO III

Las aventuras de Pancho Zarco

UN día entró Chava, y llamándome aparte me dijo que precisaba fuera á hablar con un amigo á quien podía prestar un servicio. Por calles extravíasadas llegamos hasta el Puente de Curtidores, dió mi acompañante no sé qué señas y contraseñas y nos introdujeron á una salita del piso bajo. Allí estaba con su gran nariz, su rostro anémico, su bigote caído y sus ojos chispeantes — ¿quién había de ser? — el espejo de los periodistas, el modelo de los caballeros, el jefe de los graciosos, Pancho Zarco, en fin, convertido en un conspirador de barba postiza y anteojos verdes.

Apenas me vió me echó los brazos al cuello lleno de alegría.

— Hola, comandante: ¿quién diablos había de recono-